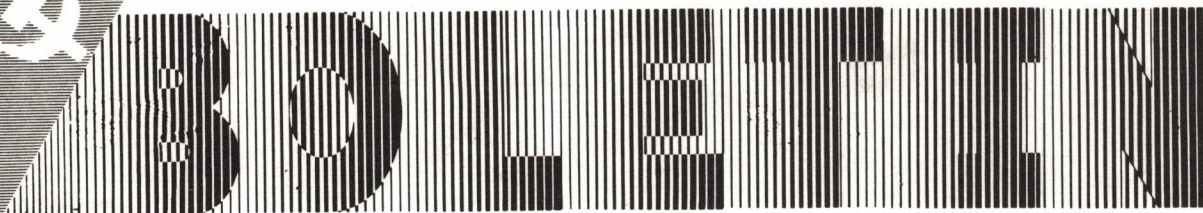




MOVIMIENTO COMUNISTA



PARA USO INTERNO

Junio de 1977

Número 17

SUMARIO

TEMAS POLITICOS:	pág.
La lucha por una Constitución democrática	3
CUESTIONES DE ORGANIZACION:	
Los problemas más urgentes	4
ESTUDIO/FORMACION:	
CUESTIONES DE ESTRATEGIA REVOLUCIONARIA	7
Lo actual, lo específico	8
Problemas de los partidos revolucionarios	11
Con las miras puestas en el poder	13
La llamada vía constitucional	14
El poder militar	14
BREVE BIBLIOGRAFIA COMENTADA	15

Iniciamos una nueva etapa en la vida de nuestro Boletín interno.

Los números anteriormente publicados estuvieron dedicados cada uno de ellos, a tratar un solo tema, teniendo en la mayor parte de los casos, el carácter de propuesta de discusión para el conjunto del Partido. Su periodicidad, no hace falta decirlo, fue sumamente irregular.

A partir de ahora, cada Boletín contendrá varios escritos relativos a problemas muy diversos. Abordará cuestiones políticas de actualidad, problemas organizativos, temas de formación... Se tratará, asimismo, que tenga una periodicidad relativamente regular.

Su misión consistirá en ser un instrumento para la información interna, para la discusión y el enriquecimiento político de todo el Partido, para el estudio.

Se ruega a todos los camaradas que comuniquen sus sugerencias sobre este nuevo Boletín y que no descuiden transmitir al Comité Ejecutivo todo aquello que pueda tener interés para ser insertado en estas páginas.

Junio de 1977

LA LUCHA POR UNA CONSTITUCION DEMOCRATICA

La acción para conseguir una Constitución democrática es de esperar que se desarrolle en los próximos meses en dos frentes: en las Cortes y fuera de ellas, donde la presión popular puede jugar un papel determinante.

Parece evidente que en lo que se refiere al debate de las Cortes vamos a asistir a un enfrentamiento entre los representantes políticos de aquellos sectores que ni tan siquiera están dispuestos a renunciar al cuerpo fundamental de las Leyes franquistas (Alianza Popular, principalmente) y los partidarios de una renovación sustancial de las leyes del régimen.

Es de prever —si la relación actual de fuerzas no sufre una modificación importante— que estos últimos van a obtener a través de las elecciones unas posiciones en las Cortes mucho más ventajosas que los primeros. Desde Centro Democrático hasta las fuerzas de la izquierda, todos parecen estar interesados en lograr lo que denominan unánimemente una “nueva Constitución”. Y es de esperar que entre todos alcancen una mayoría considerable de escaños con respecto a Alianza Popular.

Sin embargo, esto no va a resolver el problema de la conquista de una Constitución democrática. No es suficiente para ello vencer la resistencia que va a ofrecer Alianza Popular a que las nuevas Cortes tengan un carácter constituyente, ni tampoco basta con un entendimiento sobre las bases que el PSOE y PCE ofrecen para un pacto constitucional. Lo primero parece fácil de conseguir en cuanto que AP no va a pasar de ser una minoría frente al bloque de las demás fuerzas. Por otra parte, hay que considerar también, que el propio vacío constitucional existente hoy —creado por la entrada en vigor de la Ley de Reforma que entra en diversas contradicciones con las leyes franquistas— obliga al propio Gobierno a difundir la idea de la necesidad de elaborar una nueva legislación de rango constitucional.

En lo que se refiere a las bases que el PCE o el PSOE avanzan para un acuerdo constitucional y los principios que entienden que deben informar la nueva Constitución, se pueden hacer las siguientes consideraciones:

Ai PCE le basta que el Centro Democrático se pronuncie por el “carácter constituyente de las Cortes” (sin tratar de adivinar qué es lo que Suarez entiende por carácter constituyente), para que recomiende votar a estas fuerzas.

El mismo PCE (y esto es aplicable también a los otros partidos de la izquierda reformista) muestra en su programa constitucional una ambigüedad grande sobre puntos esenciales como el de las autonomías de nacionalidades y regiones, ambigüedad confirmada por su misma práctica en la que da continuas muestras de no entender la lucha por estos objetivos como algo actual.

La mayor parte de las fuerzas que van a tener una representación en las Cortes están dispuestas a sustraer a la voluntad popular la decisión sobre la forma de Estado y de Gobierno, aceptando por tanto la legitimidad de una monarquía impuesta, fruto del Régimen franquista. El PCE ni tan siquiera hace mención de esta exigencia en su programa electoral o en sus bases para una nueva constitución.

Planteado así el problema, es evidente que la apertura de un proceso Constituyente completo no está garantizada —y menos aún una Constitución democrática— por muchos

escaños que ocupen las fuerzas que dicen estar por una “nueva Constitución”. Es más, se comete un grave error al afirmar que hoy la batalla por la democracia se está librando exclusivamente en dos frentes: los que no están por una nueva Constitución (Alianza Popular)... y todos los demás partidos. Al embeilecer la opción del Centro Democrático (como lo está haciendo el PCE) por su voluntad “constituyente” y hacer tabla rasa de las diferencias entre el partido de Suárez y las fuerzas de izquierda se está favoreciendo la consolidación de fuerzas que van a ofrecer una enorme resistencia al logro de objetivos democráticos esenciales.

No cabe esperar, pues, que las Cortes que van a surgir de estas elecciones, tanto por su composición como por la actitud que van a mantener las fuerzas más a la izquierda, estén capacitadas para llevar a cabo un proceso constituyente plenamente libre y completo. Cabría pensar en la posibilidad de forzar una crisis constitucional —objetivo al que desde luego no renunciamos— que provoque la disolución de las Cortes y obligue a una nueva convocatoria de elecciones, pero también hay que contar con que este intento no iba a recibir el apoyo de las fuerzas que operan desde dentro del Parlamento.

Esto último se explica en razón de que ni el PCE ni los demás “grandes” partidos están dispuestos a poner hoy sobre la mesa dos puntos consustanciales al carácter democrático de la constitución: la estructura del Estado (autonomía regional y autogobierno de las nacionalidades, federalismo...) y la forma de Gobierno (monarquía o república) como expresión de la voluntad popular. Conocida es la actitud del Ejército y otros sectores del Poder respecto a estos temas y conocida es, también, la influencia que tiene esta actitud sobre la conducta de la mayor parte de los partidos. No viene al caso, pues, esperar una postura de rebeldía en estos momentos en los que van a acentuarse las apetencias de Gobierno de estos partidos y, por tanto, menor va a ser en ellos el interés de enfrentarse con las instituciones fundamentales del Estado: fuerzas armadas y corona.

En estas condiciones, la fuerza motriz que actúe en favor del establecimiento de una Constitución democrática va a residir en la movilización popular. Las autonomías y el autogobierno para las nacionalidades son hoy objetivos de lucha capaces de movilizar a estos pueblos, a pesar de la falta de apoyo de partidos de la izquierda. Y las propuestas de acción en favor de la República no van a resultar extrañas para determinados sectores de las masas populares. Como no lo resultarán cuantas se orienten contra las restricciones antidemocráticas de la legislación que está surgiendo.

Esto no quiere decir que debamos permanecer indiferentes ante la actitud que muestren las demás fuerzas de la izquierda ante este problema. Evidentemente, la presión popular va a condicionar su postura. Por ello se hace preciso, también, articular este movimiento de masas con una acción lo más unida posible de las fuerzas de izquierda que actúen en las Cortes. Y entonces —todo hace pensar que sucederá así— el enemigo más poderoso que vamos a encontrar, va a ser la derecha más fuerte, más vinculada a la monarquía, la que hoy se agrupa alrededor del Centro Democrático. De ahí, la grave responsabilidad que están contrayendo los partidos que mantienen hoy una actitud conciliadora con el partido del Gobierno.

Cuestiones de organización

LOS PROBLEMAS MAS URGENTES

Los problemas organizativos que tiene planteados hoy el Partido son numerosos y no en todos los casos va a ser posible darles una solución fácil y rápida. A lo largo de esta sección esperamos ir abordando diferentes aspectos de esta problemática. También esperamos que los militantes hagan uso de la oportunidad que ofrecen estas páginas para plantear las cuestiones que más les preocupen, para sugerir temas que deseen ver abordados, para emitir sus opiniones sobre la marcha interna del Partido.

De entre los problemas organizativos que tenemos planteados —numerosos, como hemos señalado—, quisiéramos abordar dos en esta ocasión. Dos que, a nuestro juicio, destacan por mucho sobre el resto y afectan a la casi generalidad de las Organizaciones del Partido. Nos referimos, en primer lugar, a la considerable desatención que sufren por lo general las tareas de organización y, en segundo lugar, al papel tan poco relevante que ocupan en la vida del Partido el estudio y la discusión política.

1 El primer grupo de problemas se halla a nuestro entender muy vinculado a la evolución política que ha experimentado el Partido a lo largo de los dos últimos años, así como a su crecimiento. Esta evolución —que ha lanzado al Partido a abordar nuevas y, a menudo, complejas tareas, que le ha obligado a desplegar una iniciativa política desconocida anteriormente— no ha ido acompañada de una reconversión en el terreno organizativo de suficiente profundidad como para capacitarle para atender de una manera equilibrada el conjunto de tareas. Se han ido cubriendo sobre la marcha los huecos que iba creando la dedicación de efectivos a nuevas tareas, pero no ha habido, por lo general, un examen a fondo de la distribución de esfuerzos, una planificación equilibrada del trabajo, una delimitación clara de las responsabilidades sobre cada tarea...

Esto ha traído consigo un creciente deslizamiento hacia el menosprecio por las tareas de organización, que se han visto considerablemente relegadas, cuando no abandonadas a su suerte en algunos casos. Las cuestiones organizativas más ligadas a la actividad práctica (citas, contactos, recados, paso de material, etc.) por supuesto que han seguido y siguen consumiendo tiempo en células y comités. No así las cuestiones de fondo que han tendido a ser dejadas de lado. Hace apenas cuatro meses que se han empezado a tomar seriamente en cuenta estos asuntos y a poner los medios para su solución en la mayoría de las Organizaciones del Partido, lo cual da un índice de la acumulación de problemas ante la que nos encontramos.

Sin pretender hacer un análisis de todos y cada uno de los síntomas de este abandono prolongado de las cuestiones de organización, quisiéramos

referirnos brevemente a las principales consecuencias del mismo.

Así, padecemos una acusada falta de reflexión —que se ha convertido casi en un hábito— sobre las cuestiones organizativas. Se trabaja con una gran dosis de improvisación en este terreno, se vive al día, sin pararse a sintetizar y sistematizar la experiencia. Fruto de ello es el triunfo del lema: “cada maestrillo tiene su librillo”. Y en efecto, no sólo son constatables diferencias de criterio en materia organizativa entre unas Organizaciones y otras, sino que éstas existen incluso en el seno de una misma Organización, entre unos sectores y otros, entre unas células y otras. Se hace, se rehace, se vuelve a rehacer. Todo esto estaría bien si mediase una reflexión sobre la práctica, un balance, una transmisión de la experiencia. Pero no es el caso, por lo general. De aquí que no tenga nada de extraño que reine, junto con una considerable falta de unificación de criterios, un cierto grado de confusionismo en materia organizativa.

También habría que señalar dentro de este capítulo el acusado descontrol que sufren tareas internas tan elementales como son la atención a la situación política e ideológica de los militantes, la captación, la prensa del Partido (su difusión, su estudio y aprovechamiento...), la mejora de los métodos de trabajo, etc.

Y también, las deficiencias observables en tantas y tantas cuestiones relacionadas con la infraestructura y, más en general, la poca importancia que se concede a los asuntos materiales y administrativos (el estado de las finanzas, el orden y la puntualidad en estas cuestiones, el tener a punto los datos y las cifras, el asegurar la transmisión de los documentos, el superar los métodos artesanales en la confección y distribución de la propaganda...)

Por supuesto que estos males no afectan de igual manera a todas las Organizaciones del Partido. Por otro lado, y aunque de forma muy desigual, se vienen haciendo esfuerzos desde hace unos meses, como ya hemos dicho, por atajar estos problemas en la mayoría de las Organizaciones del Partido. Aún y todo hemos de ser conscientes de que arrastramos vicios considerables en este terreno lo que en algunos casos no deja de representar graves dificultades para el enderezamiento del Partido.

A modo de ilustración de todo cuanto acabamos de decir cabría citar el tema de los adherentes. La resolución del Comité Central sobre este particular fue publicada en el mes de Julio de 1976. Ocho meses después se intentó hacer un balance del estado de esta cuestión en las distintas Organizaciones del Partido, balance que dió como resultados los siguientes: en algunas Organizaciones no se había puesto en práctica aún la resolución (no contando por lo tanto con adherentes o contando con un número escasísimo); en la mayoría de las Organizaciones no se poseía un conocimiento profundo de la política de adherentes que se había aplicado, faltaba un balance, faltaba una sistematización de los problemas con los que se había tropezado, de las formas de organización de los adherentes; en varios casos la práctica descontrolada que se había llevado con esta cuestión había producido una aplicación de la resolución en contradicción con el espíritu de la misma (tendencia a mezclar la organización regular del Partido con la organización de adherentes, tendencia a desdibujar los límites del Partido, confusionismo en la concepción del estatuto de adherente...); en general el reclutamiento de adherentes no arrojaba una cifras muy altas, fruto en parte de la atención escasa que se le había dedicado al tema.

Este no es más que un ejemplo. Se podrían poner otros muchos.



El segundo gran tema que señalábamos era el del estudio y discusión política. Esto es algo que evidentemente tiene mucho que ver con la falta de atención hacia las tareas internas que acabamos de señalar, ya que malamente en una situación de descontrol organizativo, como la que existe en la mayoría de las Organizaciones, puede crearse un ambiente propicio para el estudio y la discusión política. No obstante, por tratarse de un tema de tanta trascendencia para el futuro del Partido, merece ser tratado aparte y destacado con fuerza.

Cuando decimos estudio y discusión política nos estamos refiriendo al estudio y discusión política **organizados**, realizados de una manera planificada, regular y colectiva y no a lo que cada militante pueda buenamente estudiar por su cuenta o a las sesiones de estudio y discusión que puedan organizarse esporádicamente.

Nos estamos refiriendo al estudio de la prensa regular del Partido, de los diversos materiales que se publican, al estudio de la teoría marxista, a la discusión sobre las distintas opciones políticas que el Partido va tomando, a la discusión de las tácticas sectoriales, a la reflexión sobre los problemas de actualidad... Y todo ello realizado conforme a unos

planes que respondan a las necesidades particulares de cada Organización, con una periodicidad, con un ritmo habitual, y con el correspondiente examen de la marcha de esta labor para adecuarla cada vez mejor a las necesidades del Partido.

Planteada así la cuestión hay que decir que son bien pocas las Organizaciones del Partido que la resuelvan de una manera mínimamente satisfactoria. Esto es tan evidente y tan sentido, a nuestro entender, por la mayoría de los militantes que, realmente, huelga el detenerse a describir la situación e ilustrarla con ejemplos.

Es muy sencillo: adolecemos de un acusado practicismo (en algunos casos rayano al activismo puro y simple), el Partido en su conjunto está excesivamente polarizado por la actividad práctica, falta reflexión sobre los problemas que no estén muy directamente ligados a la actividad de todos los días, falta el hábito de mirar las cosas en perspectiva, se trabaja atropelladamente y con poca serenidad, preocupa el saber qué se va a hacer mañana pero se piensa poco en las repercusiones que, el hacerlo así o de otra forma, traerá a medio y largo plazo... Este contexto constituye un excelente caldo de cultivo para que queden sistemáticamente relegadas las tareas de estudio y discusión política, pues, debido a la actitud practicista que impera, siempre hay excusas para no atender estas tareas en beneficio de aquellas más rentables a corto plazo.

Y sin embargo, nadie podrá negar que la orientación revolucionaria del Partido depende de la solidez política e ideológica de sus militantes, de su formación marxista, de su capacidad para pensar por sí mismos, cualidades todas ellas que no se adquieren por supuesto entre cuatro paredes pero que tampoco se alcanzan sin estudio, sin reflexión constante, sin discusión. También es innegable que una cuestión de tan vital importancia para el Partido como es la de los cuadros, está íntimamente ligada a la formación regular de militantes, a la práctica habitual del estudio sin lo cual el estancamiento está asegurado y la escasez de cuadros, en consecuencia, también. Y lo mismo puede decirse de la democracia interna, cuya base no es otra que la preparación del conjunto de militantes para hacerse con criterios propios, poder discutir e intervenir en la elaboración de las orientaciones y la política del Partido. Sin esa preparación, sin conocimiento de los problemas, sin medios para estudiar y discutir carecería de sentido hablar de vida democrática dentro del Partido. El estudio y la formación política son igualmente la mejor garantía de que el Partido pueda estar a la altura de las circunstancias en todo momento, tanto en la épocas buenas como en las difíciles, de que no pierda de vista la perspectiva, de que mantenga su unidad y cohesión interna...

Nadie, decíamos, ignora estas realidades. Sin embargo es un hecho que se actúa como si se ignorasen, que en la práctica tienden a ser engullidas por la vorágine de la actividad política ordinaria.



Las deficiencias observadas en las tareas organizativas y, especialmente, en lo referente al estudio y discusión política, nos llevan a plantear como totalmente necesaria y urgente la rectificación del estilo de trabajo dentro del Partido, de los métodos de funcionamiento y de dirección.

Vemos que es preciso imprimir un giro en los próximos meses. Se trata, a nuestro entender, de proceder a una revisión a fondo de todas las tareas que tiene planteadas el Partido y a una distribución **equilibrada** de los esfuerzos para cubrirlas, de tal modo que las cuestiones de organización, así como el estudio y la formación, puedan ser convenientemente atendidas; aunque ello signifique abandonar momentáneamente alguna otra tarea o realizarla peor.

De lo que estamos totalmente seguros es de que la situación no puede continuar, en buena parte de las Organizaciones del Partido, como viene manteniéndose hasta ahora. Si en los tiempos del más crudo fascismo necesitábamos un Partido sólido, fuerte en lo político e ideológico y cohesionado internamente, tanto más lo vamos a necesitar en los tiempos que corren que, por muchos conceptos, son más difíciles que los que hemos vivido. De un tiempo a esta parte venimos asistiendo a un progresivo desplazamiento de la relación de fuerzas desfavorable para las corrientes revolucionarias. Partidos que hace unos años no levantaban un palmo, o no existían, o eran poco más que unas siglas sin ninguna presencia en el movimiento de masas, representan hoy una opción política capaz de arrastrar a miles y miles de personas (PSOE, PSP, demócratas-cristianos...). La derecha de siempre, disfrazada de centro, va a conseguir dar legitimidad a su raquíta democracia con las presentes elecciones y va a salir políticamente reforzada. Asimismo, el Partido de Carrillo está experimentando un crecimiento indudable, y de sus dirigentes cabe esperar unos intentos cada vez mayores por neutralizar el movimiento de masas y una multiplicación de sus esfuerzos por hacerse con una imagen de Partido de orden y moderación.

Aunque la finalidad de estas líneas no es la de hacer un análisis de la situación política actual y sus perspectivas (cuestión ésta que habrá que abordar en repetidas ocasiones), sí nos parece obligado remitirnos a las dificultades que esta situación entraña para el Partido y a la necesidad, en consecuencia, de prestar la máxima atención a la consolidación interna y de hacer los mayores esfuerzos por qué el Partido se prepare, en lo político, en lo ideológico y en lo organizativo, para afrontar la nueva etapa que se presenta.

En los últimos años el Partido ha hecho esfuerzos notables por multiplicar su actividad e iniciativa políticas, por conquistar a sectores más y más amplios de las masas, por ampliar el círculo de su influencia política, por adaptarse a las nuevas condi-

ciones creadas por la crisis de régimen franquista. Un cierto número de cuadros que anteriormente estaban enteramente volcados en tareas de orden interno han ido progresivamente dedicándose a otro tipo de actividades (de dirección de los movimientos de masas, de elaboración política, de representación del Partido, etc.). También han sido notables los esfuerzos desplegados por encontrar nuevos métodos de ligazón con las masas y difusión de la política del Partido.

No obstante, esto no debe llevarnos a justificar el abandono en el que se han visto sumidas las tareas a las que hemos hecho mención, abandono que ha tendido a agravarse aún más en los últimos meses, con la proximidad de las elecciones. Sin infravalorar lo conseguido en el período anterior, apoyándonos en lo mucho que tiene de enriquecimiento para el Partido, hemos de proceder a la rápida superación de los errores que ha llevado aparejados.

En este sentido, y como medidas concretas a poner en práctica tras las elecciones, vemos necesario:



Que se dedique un esfuerzo especial a consolidar las estructuras de organización allí donde tienen ya una cierta envergadura y que se creen o se refuercen en aquellos casos donde no existen o son todavía muy incipientes. Esto ha de permitir, a nuestro entender, el ir abordando a fondo las diversas cuestiones de organización que se hallan, por lo general, tan desatendidas y que los comités de dirección política regulares del Partido no pueden hoy en día abarcar en su detalle y complejidad.



Que se incluya entre los temas prioritarios el del estudio y la discusión política de tal manera que no falte **en ninguna Organización del Partido** un plan concreto a este respecto para ser llevado a cabo en los próximos meses, que se controle escrupulosamente su cumplimiento y que se arbitren los cauces adecuados para asegurar regularmente la formación de los militantes.

Confiamos en que la aplicación de estas medidas podrá contribuir en cierto grado a rectificar el estilo de trabajo en el interior del Partido, no sin dejar de señalar que, paralelamente, serán precisos no pocos esfuerzos por parte de todos (y en especial por parte de los cuadros y organismos dirigentes) por desembarazarse del practicismo y de la política de centrarse en la búsqueda de resultados a corto plazo.

CUESTIONES DE ESTRATEGIA REVOLUCIONARIA

El artículo que sigue, escrito por nuestro compañero Eugenio del Ríó, será publicado legalmente antes de un par de meses. Pese a ello, se ha considerado útil que los militantes lo conozcan antes de su difusión y que pueda ser añadido a los materiales de los que ya se disponen para estudiar el problema de la estrategia socialista.

Este escrito, como vereis, sigue el esquema del folleto de tesis sobre la lucha por el socialismo, abordando más ampliamente algunas de sus partes (las condiciones de la revolución socialista en el occidente europeo y la concepción del partido) y más limitadamente otras (especialmente lo que contiene el último capítulo).

En este Boletín, el artículo va seguido por una bibliografía comentada, que no figurará en la edición legal.

Por atención a quienes han de publicarlo legalmente, os rogamos que no deis a este escrito más difusión que la estrictamente interna.

La estrategia de la lucha revolucionaria por el socialismo en el occidente europeo tiene un desarrollo todavía bastante limitado.

Difícilmente puede ser de otro modo. No hay que olvidar que en este área nunca ha triunfado una revolución socialista y que en los últimos treinta años no ha tenido lugar en ella ningún movimiento revolucionario que estuviera realmente cerca de la toma del poder. Más aún, los viejos Partidos revolucionarios han ido cayendo, durante este período, en el reformismo, renunciando a trazar una perspectiva efectivamente revolucionaria para las luchas de los pueblos de esta parte del continente europeo.

Numerosos problemas esenciales de la estrategia socialista revolucionaria han sido estudiados muy insuficientemente, debido en buena medida a la debilidad del propio movimiento revolucionario.

La concepción de las crisis revolucionarias tiene aún importantes lagunas. El método de análisis de las condiciones económicas, sociales, políticas e ideológicas de la acción revolucionaria necesita enriquecerse considerablemente para poder captar los nuevos elementos de una realidad en continua transformación, así como los rasgos peculiares de cada situación. La teoría de la toma del poder (acumulación de fuerzas, doble poder, formas de transición, organización militar de las fuerzas revolucionarias, etc.) ha experimentado notables progresos en el Tercer Mundo pero se halla aún en una fase incipiente en el mundo occidental. La idea misma de lo que debe ser el partido de la revolución socialista, de las fuerzas a las que ha de representar y en las que tiene que apoyarse, y de sus relaciones con ellas, es todavía algo precaria. Problemas tales como el de las relaciones entre la lucha democrática y la lucha por el socialismo o el de los vínculos entre la acción legal e institucional y la lucha ilegal y extra-institucional han de merecer una reflexión profunda y creadora.

¿Se quiere decir con esto que nos encontramos desahuciados desde el punto de vista de la teoría de la lucha revolucionaria por el socialismo? En modo alguno. Las revoluciones socialistas —por más que hayan triunfado en países de características muy distintas a los de Europa occidental— aportan elementos de estudio de validez universal. El desarrollo de las luchas políticas y sociales en la Europa de entreguerras, durante una etapa de depresión de la economía del mundo capitalista, es una fuente de experiencias valiosísimas a la hora de abordar nuestros problemas de hoy. Los movimientos de resistencia contra el nazismo y el fascismo, y los períodos particularmente críticos que se abrieron —especialmente en Francia e Italia— tras el derrumbamiento del Imperio hitleriano, brindan también una materia de reflexión extremadamente útil. Y ya en el período que atravesamos actualmente son cuantiosos los fenómenos cuyo estudio ha de permitir que la teoría revolucionaria continúe reforzándose: la crisis del reformismo dentro de sectores particularmente dinámicos (franjas de la intelectualidad, mujeres feministas, juventud); la aparición de nuevos movimientos revolucionarios, especialmente durante las dos últimas décadas; movimientos de masas de una magnitud excepcional (en Francia en 1968, en Italia durante estos últimos años, en el Estado español —y muy particularmente en Euskadi— recientemente); el hundimiento de regímenes ultra-autoritarios (Grecia) o fascistas (caetanismo y franquismo), controlados por las fuerzas reaccionarias, en el caso griego y español, o recuperados después por éstas, como ha sucedido en Portugal; el reforzamiento simultáneo de las tendencias fascizantes en la casi totalidad de nuestra área; los estallidos de resistencia armada en el Ulster; etc.

Estos fenómenos atestiguan de la existencia de una realidad en movimiento, el estudio de la cual hace posible ya descubrir las advertencias históricas que se contienen en ella y traducir esos hechos en un reforzamiento de la teoría revolucionaria.

En estas páginas trataremos de resumir algunas de las adquisiciones que, a nuestro juicio, deben ser incorporadas al acervo de concepciones y orientaciones del movimiento revolucionario. Esas adquisiciones irán entremezcladas —no puede ser de otra forma— con un conjunto de interrogantes, de problemas apenas enunciados que pesarán sobre nosotros a lo largo del proceso revolucionario y sobre los que resulta imposible dar hoy una respuesta acabada.

LO ACTUAL, LO ESPECÍFICO

¿Lo específico con respecto a qué? Lo específico de nuestra situación —en el Estado español y, en términos más generales, en Europa meridional e incluso en el occidente europeo— en relación a las condiciones en las que han triunfado las revoluciones socialistas precedentes. Desde las condiciones de la Europa oriental de 1917 hasta las de los países del Tercer Mundo contemporáneo en los que han tenido lugar grandes revoluciones populares.

Huelga decir que, si no se toma conciencia de esta *especificidad*, el camino hacia la reproducción superficial y dogmática de experiencias, tácticas y estrategias anteriores será —lo es ya— muy tentador para el nuevo movimiento revolucionario, tan asediado —luego volveremos sobre este tema— por las inclinaciones a imitar dogmáticamente a los grandes Partidos revolucionarios del pasado o de países de otros continentes.

Sin pretender esbozar siquiera en estas páginas un análisis de lo singular de nuestras condiciones, resulta imprescindible evocar ciertos hechos peculiares de los que cabe extraer conclusiones fundamentales para la lucha revolucionaria en esta parte del mundo.

En el orden socio-económico, por ejemplo, es obligado constatar los cambios que se han producido en el período de expansión que arranca poco después del final de la IIª Guerra Mundial (en el Estado español el tirón comienza a producirse a lo largo de los años sesenta). Nos encontramos hoy con unos Estados que se han constituido en superpatrones, dueños de la actividad económica; reguladores, en algún grado, de la demanda; estabilizadores, también en cierta medida, de la actividad económica, merced a su capacidad en tanto que productores y consumidores y gracias a su política de seguridad social; interventores del comercio exterior; financiadores (esto es muy relativo en lo que concierne al Estado español) del progreso científico y técnico...

La reducción de la espontaneidad del mercado y el aumento del peso de la programación se han visto facilitados por la concentración económica, por la formación de grandes agrupaciones económicas y por el entrelazamiento entre éstas y el Estado, y estimuladas por la complejidad organizativa y la escala de las inversiones y de las operaciones financieras.

Todo esto, sin embargo, no ha modificado la naturaleza social del capitalismo ni ha eliminado sus crisis.

El capitalismo contemporáneo en el mundo occidental sigue siendo hostil a la mayoría de la sociedad. El incremento de la capacidad de consumo de la población trabajadora (1) no reposa sobre una redistribución que atenúe las desigualdades sociales a favor de los asalariados. El porcentaje de los salarios sobre las rentas nacionales sigue estancado cuando no disminuye (2). Los aumentos salariales son continuamente absorbidos por la aceleración de los ritmos de trabajo y por la subida de los precios, produciéndose unos índices de inflación elevadísimos. La tasa de ganancia sigue siendo salvaguardada por encima de todo. El aumento de las rentas capitalistas, la búsqueda de la rentabilidad sigue siendo el motor de la actividad económica.

Las crisis, a su vez, no han desaparecido. Desde la guerra, se han producido cinco crisis importantes y, desde 1967-68 se ha abierto un ciclo de crisis larga que no encuentra parangón sino en el largo ciclo depresivo que medió entre las dos guerras mundiales.

Con todo y con eso, la expansión económica del período de 1948 a 1967 ha dado lugar a importantes modificaciones en la estructura de clases de las sociedades occidentales.

La clase obrera ha crecido sensiblemente, al tiempo que se ha diversificado en su composición interior. Dentro de

ella han adquirido una especial importancia los trabajadores de los servicios. Se han producido grandes migraciones del campo a la ciudad, disminuyendo en gran medida la población agraria. El número de personas dedicadas, en una u otra forma, a una actividad intelectual ha aumentado en alto grado (3). Se ha incrementado también el porcentaje de mujeres que trabajan fuera de casa (4). Las clases que ocupan una posición intermedia entre la burguesía monopolista y la clase obrera son más numerosas y diversas. Los diferentes integrantes de la sociedad, así como sus relaciones, han alcanzado una gran complejidad.

Uno de los terrenos en los que se pueden apreciar mayores cambios es el de los Estados modernos.

Frecuentemente se han subrayado dos aspectos de estas transformaciones: la extensión del personal que se ha ido incorporando a las plantillas estatales, y el creciente papel económico de los actuales Estados occidentales.

De estos dos hechos evidentemente reales se han solido extraer algunas conclusiones unilaterales. Se ha dicho a menudo —sobre todo en los últimos años— que estos dos fenómenos acercaban el Estado a la sociedad, facilitando en consecuencia el paso al socialismo a través de las instituciones estatales, sin necesidad de desmantelarlas (5).

(1) La capacidad adquisitiva de los trabajadores del Estado español está lejos todavía, sin embargo, de la de los restantes países de Europa occidental: en 1970, los salarios industriales en Italia, Francia y Alemania Federal eran un 143, un 160 y un 302 por ciento más altos que entre nosotros, mientras que los precios de los artículos de consumo corriente sólo lo eran un 23, un 25 y un 34 por ciento respectivamente. El "milagro español", por lo tanto, está lejos de haber equiparado a nuestra clase obrera con las de los países del Mercado Común.

(2) Si se considera la relación entre los salarios reales, los **salarios en mano**, y la renta global en el Estado español, durante los últimos diez años, se puede apreciar la justeza de esta afirmación:

	1964	1967	1970	1973
Porcentaje de los sueldos en mano sobre la renta global	48,99	48,06	48,88	48,58

(3) Según las últimas estadísticas proporcionadas por el Instituto Nacional de Estadística, en el período que va desde 1965 a 1975, el número de profesionales se ha incrementado en un 44,4 por 100; el del personal administrativo, comercial y técnico en un 48,1 por 100 y el del personal del sector servicios en un 49,2 por 100. Durante ese tiempo, los campesinos sin asalariados y los obreros agrícolas han descendido en un 48,5 por 100 y 40,4 por 100 respectivamente. Entre 1964 y 1974, la evolución de la población activa por sectores ha sido la siguiente:

	Agricultura	Industria	Servicios
1964	35 o/o	35 o/o	30 o/o
1970	29 o/o	37 o/o	34 o/o
1974	23 o/o	37 o/o	40 o/o

Estas cifras están, sin embargo, bastante lejos todavía de las que imperan en Europa occidental:

	Agricultura	Industria	Servicios
Alemania Federal	8,3 o/o	49,2 o/o	41,8 o/o
Francia	13,2 o/o	39,6 o/o	45,0 o/o
Italia	18,9 o/o	42,7 o/o	35,2 o/o
Holanda	6,9 o/o	37,7 o/o	53,9 o/o
Bélgica	4,4 o/o	43,4 o/o	50,3 o/o
Gran Bretaña	2,7 o/o	44,3 o/o	50,1 o/o
Irlanda	24,9 o/o	29,0 o/o	40,1 o/o
Dinamarca	10,9 o/o	37,6 o/o	51,5 o/o

(Cifras de 1971)

(4) En el Estado español, dentro de la llamada población activa, la mujer representaba un 9 por 100 en 1930, para pasar a un 15,8 por 100 en 1950, a un 20 por 100 en 1960 y a un 24 por 100 en 1970.

(5) Tal era el sentido de unas declaraciones de Santiago Carrillo a la revista "Por Favor" (3 de Enero de 1977): "...El Estado se ha masificado: por un lado el Estado ya no es una pequeña minoría, una casta por encima del país, sino que hay cientos de miles y a veces millones de personas que son, forman parte del aparato del Estado y que viven los problemas de la sociedad de una manera muy corriente, como la viven los demás ciudadanos porque el nivel de cultura



Esta concepción entra en contradicción con una serie de realidades a las que conviene aludir aunque sea someramente.

Hay que señalar, para empezar, la tendencia que se observa a la concentración de los poderes políticos en manos de la minoría que se asienta en la cúspide del aparato de dominación política. Este es un fenómeno que se acentúa y se afianza en paralelo al capitalismo monopolista de Estado, como expresión política de la misma concentración económica.

Los Estados que encontramos en Europa occidental, pese a su indudable diversidad, tienen en común el ser cada día más jerarquizados, más herméticos, presentando una gran rigidez frente a las reformas medianamente sustanciales. La inflación de personal estatal ha hecho más "populares" en algún modo, las bases de los aparatos estatales, pero ello no ha debilitado los mecanismos de selección y depuración, cada día más probados y rigurosos, que actúan con más y más fuerza en los escalones medios y, sobre todo, en los superiores. Los lazos, los puentes entre la burguesía monopolista y los altos funcionarios, los jefes militares, los jueces... se han multiplicado.

La creciente intervención del Estado en la esfera económica aumenta en cierta forma el poder del personal político. Pero de aquí no se desprende que se abran grandes posibilidades de realizar importantes transformaciones de la economía, merced a una influencia fuerte en el interior del aparato del Estado, incluso en contra de la voluntad de la burguesía. Quienes imaginan que el sector estatal de la economía puede ser una plataforma óptima para impulsar la socialización sin necesidad de una revolución popular, olvidan un par de cosas importantes. La primera es que, si el poder político no ha sido tomado previamente, la masa de altos funcionarios del sector público —ligados por mil mediaciones a los dirigentes del sector privado— permanece en sus puestos y es más que dudoso que se presten a seguir un rumbo opuesto al que han seguido siempre y con el que no les ha ido nada mal. La segunda cuestión que no se puede olvidar es que las economías estatales, en los modernos Estados occidentales, se encuentran sumamente entrelazadas con las economías privadas de cada país, con las empresas multinacionales y con las estructuras propias de la economía capitalista de todo el mundo occidental. Un cambio sustancial de orientación en la economía de un país, un cambio encaminado hacia el socialismo, daría lugar a un conjunto de reacciones en cadena que suscitarían una crisis, para hacer frente a la cual no se contaría con las armas adecuadas, al no reposar ese cambio de orientación sobre un nuevo poder revolucionario. El resultado previsible sería —y no se trataría de la primera vez— un retroceso radical o un reforzamiento de las presiones interiores o internacionales que podrían desembocar en un golpe de Estado que restableciera "el orden".

En todos estos Estados se aprecia, igualmente, un progresivo "vacío" de las instituciones representativas. Los representantes elegidos lo son con graves limitaciones antidemocráticas y su función, por otra parte, se reduce en casi todos los países; tanto la función legislativa como la de control del ejecutivo. El poder se aleja cada vez más de los ciudadanos, hasta en los aspectos puramente formales, proceso éste favorecido por la tecnificación y la especialización crecientes de las tareas estatales, y estimulado, no hace falta decirlo, por cuantos detentan el poder.

Al propio tiempo, asistimos a un crecimiento continuo del aparato armado represivo, reforzándose constantemente las fuerzas de policía (6) y ajustándose más y más las estructuras y las funciones de los Ejércitos en su vertiente interior y contrarrevolucionaria.

Los derechos y las libertades democráticas están sufriendo frecuentes recortes, siendo hoy patente el proceso, casi general, de limitación del marco jurídico democrático en todos los regímenes parlamentarios occidentales, si bien de un modo desigual y a diferentes ritmos.

El liberalismo —como ideología preferente de la burguesía europea durante más de un siglo— ha entrado en una crisis aguda, que no permite esperar una recuperación. Se trata hoy de una ideología enferma, en franca decadencia, a la que la propia burguesía intenta relevar con sucedáneos tales como la filosofía de la "modernización", los dogmas del "pragmatismo utilitarista", el "funcionalismo"...; es decir, ideologías sin "ideales", ideologías defensivas, de reti-

rada, ideologías propias de una civilización que se descompone a grandes pasos, sin "valores" sólidos de los que echar mano.

Estos signos traducen una situación en la que lo más característico no es el abandono de la escena de los viejos y gastados fascismos ibéricos, sino el fenómeno simultáneo del ascenso apabullante de *nuevos fascismos* que no osan confesar su nombre. Esta tendencia no apunta, desde luego, hacia los mismos objetivos de los anteriores fascismos. Las fuerzas reales que marchan hacia la instauración de nuevos regímenes antidemocráticos son partidarias del golpe de Estado gradual y ponen en primer plano la adecuación para el fascismo de los aparatos estatales actuales; no se pronuncian en exceso contra el parlamentarismo —por más que lo corrompan paulatinamente—; no hacen ostentación del antipartidismo —pese a que fomentan el monipartidismo o el bipartidismo—; saben apoyarse a fondo en la despolitización de sectores de la población, cada vez más amplios, que se ven repelidos por la política corrompida e hipócrita de las democracias burguesas.

Esta es una realidad que está ahí, y que no desaparecerá por el hecho de ignorarla o menospreciarla.

En otro orden de cosas, y ciñéndonos a nuestra área internacional más próxima —sudeste europeo—, hay que señalar ciertos factores que han de tener un peso importante en la evolución de la situación. El primero de ellos es la aparición de nuevos movimientos populares con fuertes componentes revolucionarios y socialistas; el segundo, la recomposición de los equipos gobernantes y, por lo que respecta a Portugal y al Estado español, de los propios sistemas de gobierno; finalmente, deberemos aludir a los factores internacionales que condicionan altamente la lucha por el socialismo en Europa meridional.

Decir hoy *nuevos movimientos populares con fuertes componentes revolucionarios y socialistas* es tanto como referirse a un conglomerado muy diverso de fuerzas, corrientes, luchas... que convergen en la gestación y en la configuración de un movimiento que objetivamente empuja hacia la revolución socialista que no existía hace quince años o que tenía una envergadura muy reducida.

Base de éste o de estos movimientos han sido la masa de opresiones que engendra el poder de la burguesía (represión antidemocrática, fascitización en los métodos de gobierno, centralismo, opresión de la mujer, de la juventud...); las consecuencias materiales del capitalismo (superexplotación de los trabajadores, migraciones violentas, encarecimiento de los artículos de consumo, precariedad de los servicios sociales, miseria urbanística, degeneración de la calidad de la vida y del medio ambiente...); manifestación práctica de las limitaciones de la izquierda reformista que

social ha aumentado también, porque el Estado ha asumido funciones, digamos, por ejemplo, en la economía y en el control de la economía, que también le ponen en crisis porque hay una contradicción tremenda entre ese Estado que ha sido construido para administrar los intereses de una clase social y este Estado que se ha convertido en el gestor de la economía nacional, y las contradicciones entre el interés nacional, el interés de la sociedad y el interés de las clases dominantes se reflejan en el interior mismo de ese Estado. Hay una crisis del Estado que, a mi juicio, es lo que permite hoy la idea de que se puede transformar el aparato del Estado sin una revolución violenta que aniquile ese aparato y que cree un aparato nuevo por medios mucho más naturales, mucho más pacíficos". Parece evidente que las contradicciones de la sociedad se reflejan en el interior del aparato del Estado y que, la amplitud del personal estatal hace más factible una labor de conquista de una parte de ese personal para la causa del socialismo. Ahora bien, resulta sumamente superficial deducir de este hecho y del papel que juega hoy el Estado en la economía, que el Estado, íntegramente, es ya útil para construir el socialismo. A nuestro juicio, estos factores deben ser considerados de un modo multilateral, con todas sus implicaciones, y junto a ellos hay que tener en cuenta otros, no menos importantes, a los que haremos referencia seguidamente. Todos ellos —no uno, ni dos— trazan una tendencia que no va, sino todo lo contrario, en el sentido que apunta Santiago Carrillo.

(6) El Estado español ofrece un cuadro significativo en este sentido: la Guardia Civil (con sus 63.000 hombres, distribuidos en 3.500 puestos —uno por cada tres municipios), la Policía Armada (con 34.000 agentes; la institución policial que está creciendo más rápidamente) y el Cuerpo General de Policía (12.000 miembros de plantilla; la mitad de ellos dedicados a tareas político-sociales) constituyen un dispositivo sobre cuya función en nuestra sociedad no es necesario hacer muchos comentarios. Para más abundamiento se puede añadir que la plantilla del Ministerio de la Gobernación es la que más crece, después de la de Educación y Ciencia, y que representa más de un tercio del total de las plantillas de todos los Ministerios (168.400 personas en 1973; 172.000 en 1974).

ha impulsado a sectores considerables a buscar fuera de ella las soluciones a sus problemas; la crisis ideológica, acelerada en los últimos veinte años, que, unida al aumento del nivel cultural medio y a la proliferación de intelectuales y técnicos, multiplica el número de personas y de grupos que se interrogan sobre la validez del arte, de la filosofía, de las costumbres, de los valores morales vigentes; el desarrollo de luchas revolucionarias antiimperialistas que han venido facilitando la toma de conciencia revolucionaria en todo el Occidente...

Los nuevos movimientos revisten una variedad casi infinita. Entre ellos podemos destacar las siguientes categorías:

Movimientos de lucha de masas de origen diverso, con o sin expresión en el plano organizativo: Mayo-Junio de 1968 en Francia; movilizaciones populares en Italia en 1968 y 1969; lucha antifranquista (7) de los pueblos del Estado español, dentro de la cual las repetidas huelgas generales de Euskadi destacan sobremanera en todo el mundo occidental; luchas campesinas en diferentes países...

Nuevos partidos revolucionarios. En una primera fase se ven muy condicionados por su inexperiencia, por su falta de lazos con el viejo movimiento revolucionario y, en muchos casos, por su falta de contactos sólidos con las masas trabajadoras. Es frecuente la repetición de viejos errores del movimiento revolucionario del período de entreguerras y la tendencia a imitar a los partidos que han dirigido procesos revolucionarios victoriosos en otros países, en el Tercer Mundo: la revolución cubana, la lucha del pueblo vietnamita, el conflicto chino-soviético... serán durante varios años un punto de referencia obligado para identificar a estos partidos, lo que prueba su reducida capacidad para orientarse políticamente de un modo independiente. Muchos de estos partidos desaparecen. Otros permanecen. Algunos de ellos aciertan a buscar un camino propio: el proceso de independización y de afirmación de una identidad ajustada a sus condiciones particulares y concretas experimenta notables progresos en los últimos años, en varios partidos revolucionarios de nuestra área.

Estos partidos tienen sin duda una implantación y una influencia todavía limitadas, pero son —en la medida en que sepan aprender de sus errores y superarse— uno de los factores nuevos que están llamados a jugar un papel más destacado en las luchas políticas de los años venideros.

Movimiento de grupos humanos o de fuerzas sociales importantes (nationalidades y regiones, mujer, juventud) que en algunos casos han adquirido ya unas dimensiones considerables y que en otros pugnan por pasar de ser factores de presión ideológica a auténticas fuerzas materiales, apoyadas por luchas de masas. La rapidez con que se han afirmado y han crecido muchos de estos movimientos presagia su reforzamiento, enriqueciendo así al conjunto de las fuerzas revolucionarias.

Movimientos de carácter más bien ideológico que ejercen una influencia creciente, especialmente entre la juventud universitaria y la intelectualidad: corrientes antiindividualistas, antiautoritarias, contrarias a la moral dominante y favorables a una renovación de las relaciones humanas...

Movimientos, en fin, que surgen en el interior de los aparatos estatales (oficiales y soldados del Ejército, magistrados, funcionarios), poniendo en cuestión la función de los actuales Estados burgueses, sustrayéndoles parte de sus fuerzas y cohesionando a sectores del personal estatal en torno a posiciones democráticas y a veces socialistas.

Decíamos más arriba que uno de los elementos determinantes de la actual situación política en Europa meridional es la recomposición de los equipos gobernantes o, lo que es lo mismo, el desagaste de los regímenes de Portugal y del Estado español y el agotamiento de las mayorías parlamentarias francesa e italiana, acompañadas del correlativo ascenso, en estos dos últimos países, de la izquierda reformista.

Esta circunstancia refleja, en cada uno de estos cuatro casos, contradicciones y tendencias particulares. Los resultados, el reajuste de estos sistemas políticos, serán también sensiblemente diferentes.

En el Estado español, de un modo más concreto, asistimos al nacimiento de un régimen político en el que determinados mecanismos y cauces políticos y legales se adecuarán a los cánones occidentales, reformando el sistema de representación política de la burguesía, y manteniendo

numerosos problemas propios del período franquista. Han de prevalecer contenidos, fuerzas y tendencias fascistas muy marcadas.

Al hablar de las condiciones específicas de la lucha por el socialismo en Europa occidental y, más restringidamente, en los cuatro países del sudoeste europeo, es forzoso mencionar los factores exteriores que más están presionando sobre el desarrollo de los acontecimientos en nuestra latitud.

Así, es preciso tener en cuenta nuestra posición geográfica intermedia en un mundo caracterizado por la bipolarización y por la tendencia a la agudización de la oposición entre el imperialismo norteamericano y la Unión Soviética. Estamos en una región en la que se hace sentir en alto grado la influencia norteamericana directa e indirecta (a través de las fuerzas europeas más vinculadas a los Estados Unidos, como los sectores dominantes en Alemania Federal). Esta influencia, esta presión se acrecienta en un período de reordenamiento, en todas las esferas (económica, militar, etc.), del sistema de hegemonía norteamericana salido de la II Guerra Mundial. A raíz de las derrotas de los EE.UU. en el sudeste asiático y, después, en África (con la liberación de las colonias portuguesas y la intensificación de la lucha emancipadora en África austral), se ha reforzado la acción dominadora norteamericana sobre Europa, sobre América Latina, sobre el Oriente medio y sobre el norte de África. La evolución de la situación en todas estas regiones y, en especial, en las que nos son más próximas ha de tener una importancia capital para los procesos revolucionarios en el Sur de Europa.

Del conjunto de estas apretadas notas se desprenden diversas conclusiones de las que destacaremos las que nos parecen más relevantes para la lucha por el socialismo en esta zona.

1.— La complejidad de las sociedades europeas occidentales y el entrelazamiento de los factores internacionales, determinan la necesidad de una elaboración continuamente renovada y enriquecida de una estrategia y de tácticas que respondan efectivamente a la complejidad de esa situación.

2.— Pese a que las corrientes de la izquierda reformista siguen siendo ampliamente dominantes dentro de las clases populares, han surgido en los últimos quince años nuevas tendencias y nuevos movimientos revolucionarios que permiten abordar de una manera nueva los problemas de la lucha por el socialismo en el momento presente.

3.— La diversidad de los componentes del nuevo movimiento revolucionario —reflejo de una sociedad cada día más diversificada— obliga a buscar nuevas fórmulas para expresar sus contenidos específicos, agruparlos y articularlos en una estrategia de unidad revolucionaria.

4.— En estas sociedades se refleja la contradicción entre dos grandes tendencias de fondo: la que conduce a la revolución socialista y la que empuja hacia el reforzamiento de los factores autoritarios y reaccionarios, y, en definitiva, hacia nuevas formas de dictadura fascista. Esta contradicción se abre paso a través de fórmulas y caminos a menudo muy alejados aparentemente de tal destino, de tal desenlace (como puede ser la eventual victoria electoral de fuerzas de izquierda).

5.— Los Estados que encontramos en esta región del globo han consolidado sus mecanismos antidemocráticos y antipopulares, estando habitados por fuertes tendencias fascizantes, profundamente rígidas y hostiles a las reformas de corte democrático.

6.— Dada la fuerza material de la contrarrevolución, el movimiento revolucionario se ve en la obligación de acumular el máximo de fuerzas —muchas más que en el pasado— antes de lanzar asaltos decisivos contra los baluartes del poder de la burguesía.

7.— Esta necesidad se manifiesta con especial vigor en lo concerniente a la acumulación de fuerzas con poder material, esto es, con poder militar. Tal acumulación no puede

(7) De la intensificación de la misma —uno de los factores decisivos en la crisis del fascismo— da fe la labor de la jurisdicción de "Orden Público": 1.358 sumarios abiertos en 1970; 1.361 en 1971; 1.695 en 1972; 2.065 en 1973; 3.382 en 1974; 4.317 en 1975. En 1976 rondaron los 5.300. 11 años atrás, primer año de ejercicio, el "Tribunal de Orden Público" había tramitado "solamente" 281 sumarios.

ser fundamentalmente exterior al aparato armado de la burguesía sino que deberá realizarse también, y en buena medida, en el interior del mismo.

8.— De un modo general, en las sociedades modernas, se amplía el campo de la lucha ideológica y aumenta la importancia del papel que ésta ha de jugar en la conquista de la intelectualidad susceptible de ser ganada para el socialismo, en el trabajo político con las capas medias, en la acción en el interior del aparato del Estado burgués.

9.— Estamos lejos de haber reunido fuerzas importantes para la revolución socialista, constituídas —política, organizativa e ideológicamente— como tales. El proceso de acumulación de estas fuerzas será difícil y complicado, y reposará sobre una evolución de la situación cuajada de condiciones “duras” y “blandas”, de períodos de distensión relativa y de crisis.

10.— Las poderosas presiones exteriores, la relativa unificación de los condicionamientos exteriores de los procesos políticos del sudoeste europeo, comportan la necesidad de desplegar una acción internacional conjunta por parte de las fuerzas revolucionarias y progresistas de esta zona. Esta acción ha de tener como médula una política de independencia, neutralidad, defensa frente a las fuerzas más vinculadas a las dos grandes potencias y especial apoyo a los movimientos de liberación de las regiones internacionales más próximas. Piezas esenciales de esta política son: la neutralización del Mediterráneo, la retirada de las fuerzas militares de las dos superpotencias en Europa, el rechazo de la OTAN, la no unificación política de Europa occidental (que reforzaría el peso político del eje EE.UU.—Alemania federal sobre todo el área), el apoyo a las luchas de liberación de los pueblos saharauí y palestino... (8).

PROBLEMAS DE LOS PARTIDOS REVOLUCIONARIOS

1.— Su función

Este es tal vez el primer problema a abordar: un partido marxista, un partido revolucionario, ¿para qué?

He aquí una respuesta sumaria, incompleta, probablemente como todas las que daremos en este apartado.

El partido marxista es necesario para:

- ❑ impulsar el desarrollo de las fuerzas del socialismo en tanto que fuerzas políticas revolucionarias; propiciar su conversión de fuerzas ideológicas y sociales potencialmente revolucionarias en fuerzas que se planteen efectivamente el problema de la toma del poder;
- ❑ unificar los diferentes componentes del movimiento revolucionario, permitiendo una interacción entre todos ellos y una actividad cohesionada;
- ❑ llevar adelante la construcción de la teoría marxista o, dicho de otro modo, elaborar de un modo continuado una síntesis de la experiencia del conjunto del movimiento revolucionario;
- ❑ unir la teoría, la estrategia y las tácticas con sectores importantes del pueblo trabajador, de manera que su acción pueda desplegarse orientada hacia la revolución socialista;
- ❑ organizar materialmente la toma del poder. En este sentido, la función del partido abarca también la transición de lo político a lo militar, la vinculación entre lo uno y lo otro.

Tales son, en nuestra opinión, de un modo general, las misiones esenciales de un partido revolucionario, de esa minoría organizada que representa lo más avanzado de cada grupo o sector populares.

2.— Lo nuevo y lo viejo, lo propio y lo ajeno

Hay una doble necesidad:

Por un lado, es preciso librar con acierto la lucha entre lo nuevo y lo viejo, y entre lo propio y lo ajeno. Sin percibir lo que es nuevo y lo que se ha quedado viejo, y sin reconocer lo que es específico, peculiar, lo que conforma nuestra realidad de un modo singular y concreto, no es posible una acción revolucionaria seria.

Por otro lado, es necesario asimilar las enseñanzas que se derivan de la experiencia del movimiento revolucionario en

el pasado y de los movimientos revolucionarios contemporáneos de otras latitudes.

Los nuevos movimientos revolucionarios en Europa occidental han fracasado frecuentemente en la conjugación de estas dos tareas. Son muchos los que se han dedicado a reproducir ciegamente esquemas del pasado o de otros países, viéndose incapacitados para establecer, a partir de esas posiciones, vínculos reales, sólidos y duraderos con sectores considerables de las masas.

Otros, huyendo de ese mal, han acabado por ignorar los grandes movimientos revolucionarios del pasado europeo o los actuales del Tercer Mundo y han acabado moviéndose en una esfera carente de perspectivas revolucionarias.

Ambas actitudes tienen en común su superficialidad, la ausencia de auténticas raíces revolucionarias, la débil asimilación del marxismo, y no es raro observar cómo algunos nuevos grupos revolucionarios pasan con cierta facilidad de un extremo a otro, o incluso combinan simultáneamente rasgos “ultrarrevolucionarios”, de importación o copiados del pasado, con políticas esencialmente oportunistas.

Empiezan a existir, no obstante, partidos que combinan un esfuerzo sincero por asimilar cuanto ha habido de positivo en los viejos partidos comunistas y cuanto hay de ejemplar en partidos revolucionarios de otros continentes, con una voluntad de enraizamiento en nuestras condiciones específicas, de hoy, de nuestra área, de cada Estado, de cada nacionalidad... Son estos partidos los que han de hacer posible —lo están consiguiendo ya en cierta medida— un desarrollo creador del marxismo y una elaboración política adecuada para guiar la lucha revolucionaria en nuestras condiciones.

3.— Orientación revolucionaria, realidad concreta y tácticas

Un partido revolucionario no puede sobrevivir sin prestar una atención especial a los grandes problemas de la revolución socialista, a la realidad concreta en la que se mueve y a la unidad entre su orientación general, esa realidad concreta y las tácticas cotidianas.

Los partidos marxistas contemporáneos en nuestra área corren el riesgo permanente de olvidar los problemas cruciales de la revolución. Esta no está suficientemente presente en la sociedad, el reformismo ejerce una fuerte presión, las cuestiones concernientes a la toma del poder no están al orden del día. Todo ello crea un buen caldo de cultivo para el olvido de esos problemas que aparecen como “lejanos” y “abstractos”. Precisamente una de las grandes preocupaciones de todo partido revolucionario ha de ser la de tener presentes los problemas y las perspectivas revolucionarias cuando aparecen como algo lejano. Cuando la revolución se acerca es muy fácil tenerla en cuenta. Cuando aún no se perfila en el horizonte, no lo es tanto (9).

Y, sin embargo, un partido que no tiene continuamente presentes las grandes cuestiones de la revolución, de la toma del poder, de la transformación socialista de la sociedad, no podrá elaborar una política realmente revolucionaria. Todo esto constituye una verdad muy elemental pero no deja por ello de caer en el olvido a menudo.

¿Pruebas de esto? Numerosas: las grandes discusiones sobre táctica que tienen lugar dentro del movimiento revolucionario, entre sus diferentes corrientes, *sin contar con claros puntos de referencia estratégicos*. Otra prueba: la frecuente disociación entre formulaciones superrevolucionarias y tácticas que desde luego no conducen hacia esas metas que se proclaman con tanta facilidad. Más aún: ¿no es frecuente que los partidos que se afirman como marxistas y revolucionarios no expliquen, al presentar sus tácticas, de un modo explícito los vínculos que unen esas tácticas con su —supuesta o real— estrategia revolucionaria? ¿Cómo apreciar entonces, si no se hace esto, la justeza de esa táctica?

(8) Dentro de este marco, reviste un singular interés el estrechamiento de las relaciones entre los diferentes movimientos revolucionarios de estos países, la coordinación de su acción internacional, el intercambio de experiencias y el aprendizaje mutuo.

(9) No es casual que en los partidos de izquierda ganados por el oportunismo, las cuestiones estratégicas hayan pasado a desempeñar un papel más bien decorativo, en tanto que las tácticas ocupan el centro absoluto de la reflexión política. Tampoco es fruto del azar que sus dirigentes sean por regla general “hábil-tácticos” pero no, propiamente, estrategas preocupados por las perspectivas generales de su acción.

¿Cómo saber si efectivamente existe una unidad entre estrategia y táctica o si una y otra entran en contradicción, si no se dan las claves estratégicas para interpretar esa táctica y para enjuiciarla?

Una táctica no es revolucionaria por el mero hecho de proporcionar ciertos beneficios a un partido revolucionario, por permitir un eventual desarrollo de tal o cual corriente revolucionaria o por asestar un golpe a determinado adversario. Una táctica es revolucionaria solamente si guarda una *relación de coherencia y de unidad* con la estrategia revolucionaria.

Esa relación de coherencia y de unidad debe tenerla también con la realidad concreta circundante. De lo contrario puede existir una lógica revolucionaria formal en esa táctica, pero ésta última será nula.

Y sí llama la atención, a veces, el desinterés por la estrategia revolucionaria de partidos que se llaman revolucionarios, no es menos chocante su menosprecio por la realidad concreta, la superficialidad con que la examina, la escasa conciencia que tienen acerca de sus límites en el conocimiento de esa realidad, la ligereza con que se dedican a especular en el plano táctico sin suficientes soportes de análisis de la realidad concreta.

Al examinar la realidad se atiende especialmente a lo que se tiene más cerca, ignorando que la realidad *entera* no se acaba ahí; se tiende a admitir más fácilmente aquello que coincide con las ideas previas que se tenían sobre tal o cual fenómeno; se valoran más las fuentes que dan la razón a los propios puntos de vista que las que se las quitan; se generaliza arbitrariamente; se encasilla rígidamente a personas y grupos... No suele ser frecuente la necesaria voluntad de conocimiento de los datos de la realidad desde el punto de vista de lo concreto y de la totalidad; no suele verse demasiada pasión en la búsqueda de las contradicciones que guían los distintos procesos, en la indagación de las tendencias que siguen los diversos fenómenos en movimiento... Suele echarse en falta la debida prudencia y circunspección al valorar los datos de la realidad...

No es de extrañar que, en tales circunstancias, la realidad de la que nos hablan ciertos grupos más o menos revolucionarios tenga poco que ver con la *realidad*, en toda su concreción, multilateralidad y complejidad. Y que, en consecuencia, las tácticas propuestas parezcan formar parte más de un relato de ciencia-ficción que de la lucha real que se está desarrollando ante nuestros ojos.

El nuevo movimiento revolucionario tiene que madurar en alto grado. Una de las bases de esta maduración habrá de ser la gestación de esta difícil alianza entre el espíritu de principios y la estrategia revolucionaria, por un lado; un profundo conocimiento y un gran respeto por la realidad concreta, por otro; y, finalmente, la definición de tácticas que rijan realmente las luchas cotidianas.

4.— Una fuerza unificadora de los movimientos de masas

La unificación de los movimientos de masas, de cada grupo social, de cada sector del pueblo trabajador, constituye una cuestión de primera importancia y no, como se suele considerar frecuentemente, incluso dentro de algunas corrientes de la izquierda revolucionaria, una tarea secundaria, táctica, circunstancial.

En este sentido hay que hablar de los partidos marxistas como factores de unificación de los movimientos populares, dejando claro que no es posible una función unificadora si no es respetando escrupulosamente la autonomía —con respecto a los partidos políticos— de cada movimiento de masas; admitiendo sin reservas y apoyando las peculiaridades que se derivan del carácter singular (nacional o regional, etc.) de cada uno de ellos; afirmando una vida democrática interna auténtica y rechazando las tentativas de burocratizar su funcionamiento.

Sin todo esto, la unidad es imposible.

Los movimientos de masas de carácter unitario han de jugar un papel primordial a lo largo de todo el proceso revolucionario.

A ellos corresponde abrir cauces adecuados para acumular las fuerzas sociales aptas para librar batallas mediante las cuales se puedan transformar, desarrollar sus capacidades de lucha por el socialismo. Los movimientos unitarios de masas son un cauce idóneo de educación política al confrontarse

la justeza o ineptitud de diferentes políticas. Son, asimismo, un escenario abierto, flexible, en el que podrán manifestarse nuevas fuerzas, nuevas energías, en el que habrán de traducirse los progresos que haga el propio movimiento de masas de una manera directa, dejando en segundo plano canales de expresión política, de movilización y de representación mucho más indirectos y deformadores (10).

Parece evidente, también, que una política de división de los movimientos de masas tiende a consagrar la distribución de los espacios de influencia entre diferentes corrientes reformistas, a aislar al movimiento revolucionario y a dificultar, en definitiva, la toma del poder.

Es muy grato comprobar cómo, en los últimos años, son varios los partidos revolucionarios de nuestro continente que, a partir de sus propias experiencias, han llegado a estas mismas conclusiones, atribuyendo a esta cuestión un alcance estratégico fundamental.

Claro que esto supone un rechazo del sectarismo, un sentido de la responsabilidad y una visión del proceso revolucionario que no siempre están presentes en todos los partidos que se titulan revolucionarios. Varios de éstos, en efecto, así que encuentran la oportunidad, imitan el comportamiento de los partidos reformistas y proceden a montar, ellos también, para no ser menos, *sus* sindicatos, *sus* organizaciones de mujeres, *sus* federaciones de estudiantes. Cuesta admitir que quienes así actúan estén pensando *seriamente* en la revolución socialista. ¿Cómo podrán reunirse las fuerzas de la revolución si los revolucionarios hacen la guerra por su cuenta, se separan de las amplias masas, abandonan a sectores importantes de éstas en manos de los partidos reformistas?

5.— Unidad entre partido y masas

Mao Tsetung es sin duda quien ha definido de un modo más elaborado y preciso una política de unidad entre partido y masas, política cuya base es una doble corriente masas-partido y partido-masas. El partido aprende de las masas, al tiempo que se encarga de sintetizar sus experiencias. Tal concepción es diametralmente opuesta a la que ve en el partido solamente un maestro de las masas —y no, a la vez, su alumno— por el hecho de ser el “depositario” de la teoría marxista.

Esta *política de masas* ha tenido una innegable influencia sobre los nuevos partidos revolucionarios, aunque a menudo ha sido interpretada de una forma un tanto superficial. Hay tres temas, en particular, que debe abordar toda política de masas de un partido revolucionario y que muchas veces no lo son de acuerdo con el espíritu de la orientación a la que acabamos de aludir.

El primero es el de las relaciones entre estos partidos y los nuevos movimientos con fuertes componentes revolucionarios (feminismo, algunas corrientes de juventud, ciertos movimientos antiautoritarios, etc.) que han alcanzado un desarrollo considerable al margen del marxismo —o por lo menos de sus representantes más reconocidos.

La actitud frente a ellos de no pocos partidos revolucionarios es la de mirarlos por encima del hombro, yendo más a “pillarlos en falta” que a aprender de ellos. La “condena” de estos movimientos como pequeño-burgueses, tan sumaria

(10) En el Estado español se han registrado experiencias muy positivas que confirman la importancia que puede tener el que, en momentos de intensificación de las luchas de masas, sean miles y miles de personas quienes, directamente, a través de cauces ampliamente representativos, tomen en sus manos la dirección de las luchas, sustituyendo así los métodos con que se toman las decisiones en períodos de mayor distensión (acuerdos entre partidos, convocatorias de las direcciones sindicales, etc.) que siempre expresan de un modo más atenuado la capacidad combativa real de las masas y ahogan muchas iniciativas de éstas. El caso de Euskadi —y más especialmente de Vizcaya— en las movilizaciones de Septiembre del año pasado es, a este respecto, particularmente ejemplar. El periódico “Zer Egin?” se refería así a estas experiencias: “Las asambleas en las fábricas y en los pueblos han sido verdaderas escuelas de democracia obrera y de disciplina proletaria. En ellas se ha expresado todo el mundo y las decisiones adoptadas han sido escrupulosamente respetadas por todos” (...). En Vizcaya, “para organizar y dirigir las luchas, se ha creado una Coordinadora de Fábricas para la cual han sido democráticamente elegidos en asambleas representantes en casi 200 fábricas...” Hay que destacar que ésta experiencia unitaria se realizaba en unos momentos en que la oposición política daba pruebas de una creciente debilidad y se encontraba gravemente dividida, lo que pone de relieve más aún si cabe la trascendencia de estas formas de organización, de unidad, de representación, de movilización.

CON LAS MIRAS PUESTAS EN EL PODER

e injusta como precipitada, causa un evidente mal a la unidad de los diferentes integrantes del movimiento revolucionario y al propio marxismo, a la propia teoría revolucionaria, que necesita un impulso creador en bastantes esferas y que no podrá desarrollarse al margen —y menos aún en contra— de los nuevos movimientos que vienen precisamente a afrontar —unas veces con más acierto, otras con menos— problemas fundamentales que han sido poco o mal estudiados por tantos partidos que se dicen marxistas.

El segundo tema es el de la necesidad de una labor encaminada al logro de la unidad con los sectores de izquierda de las masas. Esto encuentra claras dificultades debido a que esos sectores, en un porcentaje importante, se hallan vinculados a partidos de izquierda de carácter reformista, habiendo un porcentaje menor más o menos unido a los partidos de la nueva izquierda revolucionaria. Alcanzar la unidad, aunque sea incompleta, con todos estos sectores supone una actitud, una orientación y unos esfuerzos considerables dentro de las organizaciones de masas y fuera de ellas; supone desterrar el sectarismo, no confundir la lucha contra el reformismo con los ataques personales contra quienes siguen a determinado partido cuya política es reformista; supone buscar constantemente la amistad y la colaboración con las personas de izquierda con las que se conviva o trabaja, lo que no excluye la discusión franca y la crítica; supone también paciencia, mucha paciencia, comprendiendo que la discusión de ideas, por sí sola, si no se ve acompañada de una experiencia que confirme unas ideas e invalide otras, no puede hacer milagros.

Es preciso, en fin, acertar a edificar un sistema de alianzas políticas múltiple, que recoga todas las fuerzas disponibles para alcanzar cada objetivo. Es cierto que la división de las áreas de influencia política de izquierda entre los grandes partidos reformistas hace difícil esta tarea para la izquierda revolucionaria. Hay que decir, sin embargo, que este fenómeno es mucho menos acusado en el Estado español que en los países vecinos, lo que abre un margen estimable para una política de alianzas más amplia. En todo caso, lo que sí resulta evidente es que tal política no es posible a partir de actitudes ultra-sectarias y de comportamientos desleales como los que a veces se manifiestan en algunos de los partidos que se proclaman revolucionarios.

6.— El partido de puertas adentro

Destacaremos dos características que nos parecen esenciales en todo partido revolucionario: su unidad basada en un clima de libertad, de discusión, de reflexión, de participación del conjunto de miembros en la elaboración política; y un alto grado de selectividad.

La experiencia nos enseña que es posible lograr la unidad, aunque relativa, en un partido merced a métodos impositivos y burocráticos. Pero esa unidad tiene un poco de formal, y se quiebra con frecuencia. La unidad que no excluye la libertad de crítica, el derecho a revocar a los responsables, el derecho a participar en las discusiones que preceden a una toma de posición importante, es mucho más sólida y profunda. Quienes participan de ella poseen más independencia de criterio, se orientan mejor, tienen más iniciativa, un espíritu más renovador. Para un partido revolucionario hoy, con los serios obstáculos que tiene frente a sí, todo esto resulta absolutamente imprescindible. No responde a un deseo de dotarse de una imagen "liberal", sino a una necesidad fundamental.

Una amplia democracia interior es imprescindible, igualmente, para combatir las corrientes oportunistas que puedan surgir. No es que la democracia dé grandes garantías en este sentido —menos aún si es simplemente formal—, pero sin ella es sumamente difícil hacer frente a esas tendencias.

Desde este punto de vista cumple también una misión importante el carácter selectivo de los métodos que regulan la entrada de nuevos miembros en un partido revolucionario, así como la promoción de responsables en su interior. Se trata, en suma, de que estos partidos sean resistentes al oportunismo, al desfallecimiento, a las tempestades (11). No hace falta decir, en cualquier caso, que ese carácter selectivo no impide la utilización de fórmulas organizativas amplias para agrupar en torno a estos partidos a quienes simpatizan con ellos, a quienes desean trabajar bajo su dirección.

Uno de los puntos de vista del marxismo que tienen una mayor trascendencia para la estrategia socialista es que el poder político-militar constituye un eslabón clave, sin apoyarse en el cual no es posible la transformación socialista de la sociedad.

Bajo este ángulo, el paso del capitalismo al socialismo presenta una diferencia fundamental con respecto a la transición del feudalismo al capitalismo. En efecto, bajo el poder feudal surge y comienza a desarrollarse el modo de producción capitalista.

La revolución burguesa viene a asegurar la continuación de un proceso ya iniciado en el campo económico. Bajo el capitalismo, por el contrario, no aparecen relaciones de producción socialistas; el poder económico no es compartido entre las clases antagónicas. Las clases trabajadoras sólo dominarán el poder económico una vez que se hayan hecho con el poder político y sólo poseyendo éste podrán sustituir las relaciones capitalistas por las socialistas.

Esto explica que, en la lucha por el socialismo, la conquista del poder político haya aparecido siempre como la llave de la revolución.

Lo dicho, sin embargo, no puede ser entendido como un proceso simple y lineal. Antes de poseer el poder político en su integridad cabe lanzar asaltos parciales contra el poder económico del capital, pero aún en ese caso, las fuerzas populares habrán de contar con un grado suficiente de poder político como para hacer frente con éxito a la inevitable reacción de la burguesía.

Por todo ello, resulta imprescindible que quienes piensan seriamente en la revolución socialista se pregunten antes que nada *dónde está el poder político*.

Este poder se encuentra concentrado fundamentalmente en el Estado, pudiendo distinguir dentro de él las piezas decisivas y las secundarias. Hoy, en los Estados modernos, lo decisivo es el aparato armado (en sus diversas vertientes) y los aparatos burocráticos, ideológicos... que forman el Estado permanente. Piezas secundarias son, a nuestro entender, las instituciones representativas, cuyo personal pasa transitoriamente por el Estado, siendo renovado regularmente. La suma de lo uno y de lo otro es el poder político burgués en su casi totalidad, aunque hay pilares de éste que se sitúan fuera del Estado (medios de comunicación de masas privados, especialmente).

Fuera del Estado puede haber también instrumentos de poder político. Estos son los baluartes organizados del movimiento popular que, en la medida en que no se encierran en unas perspectivas puramente corporativas, están llamados a constituir fuentes de poder y órganos de poder. También lo son las plataformas para-institucionales y las prácticas de democracia de masa que puedan instaurarse en el curso de la lucha (organismos de representación popular superiores a los reconocidos por las leyes; sistemas de control popular de la actividad económica, social, cultural, etc.; instrumentos populares para administrar justicia...). Lo son, igualmente, los métodos de difusión de ideas que puedan poner en pie las fuerzas populares. Lo son, en fin, las formas de poder militar revolucionario que surgen en la lucha en el exterior del aparato estatal.

Una de las tareas esenciales de la estrategia de la revolución socialista es justamente la acumulación de fuerzas revolucionarias tanto en el interior del aparato estatal como en su exterior, o, dicho de otro modo, la edificación de un poder paralelo al de la burguesía, de un doble poder, cuyos pilares se encontrarán, al mismo tiempo, dentro y fuera del propio aparato estatal de la burguesía. La existencia de este doble poder, de este poder superpuesto, su fortalecimiento, su preservación, su organización son una condición imprescindible para lanzarse al asalto de la maquinaria estatal burguesa, a la conquista de todo poder. Todas las revoluciones que han triunfado y todos los movimientos revolucionarios reposaban sobre la posesión de una parte del poder, a partir de la cual pudieron hacerse con todo el poder político. Diremos más: aquellos que no se habían hecho ya con una parte del aparato estatal enemigo, habían logrado levantar un Estado frente al Estado del enemigo —como hizo la revolución china— Pero en uno u otro caso, la revolución tenía, antes de lanzarse al asalto final, un poder propio, un poder político-militar desde el cual desplegar las batallas decisivas.

La acumulación de este poder —antes de la toma *del poder*— es sin duda muy compleja en Occidente y las experiencias no sobran. Todo hace pensar, no obstante, que la parte del mismo que habrá de forjarse en el interior del aparato estatal enemigo deberá ser considerable, habida cuenta de la capacidad represiva de los Estados actuales.

(11) Son esas tempestades, por otro lado, las que permitirán desarrollar las fuerzas de la revolución socialista, propiciando el crecimiento de los hoy pequeños partidos revolucionarios. "Nosotros —afirmaba Marx ante el Comité Central de la Liga de los Comunistas un 15 de Septiembre de 1850— decimos a los obreros: teneis que atravesar 15, 20, 50 años de guerras civiles y de luchas in-



LA LLAMADA "VIA INSTITUCIONAL"

El tema de la "vía parlamentaria" o "institucional" al socialismo cobra nueva actualidad ante la posible e inminente victoria electoral de los viejos partidos de izquierda en Francia e Italia.

Esta política se caracteriza por la decisión de respetar en todo momento las leyes e instituciones de las democracias burguesas y por la renuncia a dismantelar el Estado burgués.

Las ideas que fundamentan esta concepción son de diverso orden. Una de ellas es que resulta posible alcanzar una mayoría electoral a favor de partidos que desean marchar hacia el socialismo (12). Otra, y fundamental, es que el aparato estatal creado por la burguesía es *versatil*, pudiendo servir igualmente para defender el orden capitalista que el socialismo. La clave para modificar su función —y su propio carácter de clase— no es otra que la conquista de las instituciones representativas (13). Si se cumplen ciertas condiciones (mayoría parlamentaria, vigilancia de las organizaciones de masas, etc.) es posible neutralizar la resistencia de la burguesía, sin necesidad de contar con un poder armado propio.

La experiencia histórica, sin embargo, desmiente las virtudes de tan idílica vía hacia el socialismo. La victoria de una coalición de izquierda (aunque no sea realmente tan de izquierda) abre paso a un período crítico en el que la burguesía y los sectores más reaccionarios del Estado se ponen en guardia. ¿Habrán o no habrá medidas peligrosas para quienes aún ocupan el poder? ¿Se intentará arrebatarse a la burguesía su poder económico? ¿Se tratará de desplazar a los jefes reaccionarios de los aparatos permanentes del Estado? Las reacciones de los adversarios del socialismo no esperarán a que se tomen medidas que puedan reducir sensiblemente su poder. Si consideramos la totalidad de experiencias de los gobiernos de izquierda que ha habido hasta hoy, veremos que, o bien estos gobiernos se adaptaban a las pautas marcadas por la burguesía (gobiernos laboristas y social-demócratas), o bien se producía una crisis en su interior que acababa paralizándolos, o bien intentaban aplicar una política que al menos en parte recogiera aspiraciones importantes de las clases populares. En estos casos, la presión hacia el golpe de Estado se ha acentuado siempre.

La conclusión es clara: el socialismo no se puede construir impunemente. O se tiene *poder* para edificarlo o no hay socialismo.

Consideraciones de este tipo no pueden llevar, sin embargo, a inhibirse ante el hecho evidente de que la marcha hacia gobiernos de izquierda va a seguir desarrollándose y va a continuar atrayendo la atención y las simpatías de sectores muy importantes de las clases populares. Y, en la medida en que esto sea así, la política del movimiento revolucionario no podrá permanecer altivamente al margen de este fenómeno. *Deberá actuar desde dentro y desde fuera de esa corriente que pugna por la formación de un gobierno de izquierda.*

Para ello habrá de tener muy claro —y acertar a hacerlo— a las fracciones de las masas bajo su influencia— que un Gobierno de izquierda con predominio reformista no está capacitado para abrir las puertas del socialismo y que un Gobierno de izquierda en el que tengan un peso grande fuerzas verdaderamente dispuestas a luchar por el socialismo, habrá de ser fiel a las siguientes normas:

- La formación misma del gobierno ha de estar respaldada no sólo por una mayoría electoral sino, sobre todo, por un poderoso movimiento de masas;
- Las posiciones a las que da derecho la victoria electoral han de ser utilizadas rápidamente para controlar a fondo la parte más amplia que sea posible del aparato estatal.
- Es preciso hacer uso del Gobierno para poner en pie órganos efectivos de poder popular, poder popular del que ese Gobierno —sujeto a las limitaciones establecidas por la legislación y por las prácticas políticas estatales— no puede ser la única expresión. Estos órganos han de cumplir diversas *funciones de poder*: control y cooperación con la Administración, representación directa, autodefensa armada, formas de control económico, etc.

De un modo general —y dejando ya el tema de la lucha por un gobierno de izquierda— el movimiento revolucionario

ha de prestar una atención especial a la acción institucional, a la acción en el interior de las instituciones más o menos representativas (parlamento, asambleas de todo género, municipios...). Este es un terreno fundamental en la formación de la conciencia política de masas, que las fuerzas revolucionarias no pueden abandonar en manos del reformismo. Necesitan actuar en él para ampliar a millones y millones de personas su influencia política.

Claro que, al hacerlo, no deberán perder de vista que las instituciones representativas —debido a los límites antidemocráticos que tienen— nunca pueden ser la traducción fiel de la fuerza del movimiento revolucionario ni su principal campo de batalla. Su fuerza real ha de medirse por su conciencia política, por su capacidad de combate, por su grado de organización.

El movimiento revolucionario no puede encerrarse dentro de los cauces institucionales, pero tampoco puede menospreciarlos. Ha de estar dentro y fuera de ellos, sabiendo apoyar su presencia en ellos con su fuerza exterior, y viceversa. (14).

EL PODER MILITAR

La gestación de un poder militar propio es uno de los grandes problemas que han de plantearse las fuerzas que pugnan por el triunfo del socialismo. Y si ha habido momentos, en Occidente, en que estas fuerzas se han acercado seriamente a la revolución no ha sido sino cuando poseían un poder militar propio, capaz de defender sus conquistas y de asegurar la realización de esas tareas que la burguesía no puede admitir.

Este problema —teórico, estratégico, táctico— no puede resolverse en abstracto, al margen de procesos de lucha reales, prácticos, que todavía tienen mucho que madurar. No obstante, es posible ya, hoy, hacer ciertas observaciones sobre el particular, basadas en las diversas experiencias de lucha, especialmente en Europa meridional.

Se puede decir, para empezar, que nunca habrá una fuerza armada socialista si la cuestión de su edificación no se

ternacionales, no solamente para cambiar la situación existente, sino también para cambiarlos vosotros mismos y haceros aptos para el poder político" (el subrayado es nuestro). ¿Qué certera visión confirmada mil veces por la historia! Solamente las tempestades de la lucha de clases ponen en primer plano a los partidos revolucionarios, someten a graves crisis las bases sociales del oportunismo y permiten que se curtan las fuerzas capaces de asaltar los bastiones del poder de la burguesía.

(12) Se ignora así que, por la acción de determinadas leyes de la lucha de clases —en las que no podemos detenernos aquí—, si bien es perfectamente posible que una coalición "de izquierda" obtenga la mayoría parlamentaria y pueda formar gobierno, precisamente para llegar ahí habrá tenido que dejar en el camino buena parte de sus aspiraciones socialistas y no podrá evitar el estar cargada de corrientes social-demócratas.

(13) Estas posiciones han tratado de sustentarse, en ocasiones, en algunas concepciones de Gramsci sobre la necesidad del consenso popular para edificar el socialismo, cuando él mismo se ocupó de criticar las falsas ilusiones sobre la presunta versatilidad del Estado burgués. "¿Piensan los proletarios —escribió— que la conquista de un número creciente de escaños en los organismos del Estado burgués representa un incremento efectivo de las fuerzas y de las capacidades de la clase trabajadora, una conquista real, concreta del poder de su parte? ¿Creen que su historia puede ser vista como el efecto de una conquista por los mismos proletarios de una mayoría de escaños en el parlamento burgués o en el mayor número posible de administraciones locales? ... ¿Creen que las instituciones burguesas pueden servir del mismo modo como órganos de gobierno a la clase proletaria, que permiten otorgar más justicia y libertad a los trabajadores, cuando hasta ahora no han sido para ellos más que un medio de sostenimiento y una causa de tormento?" (citado por M.A. Macciocchi en el libro "Gramsci y la revolución de Occidente").

(14) Fuera y dentro, dentro y fuera, es imprescindible levantar organismos democráticos de masas, a través de los cuales se pueda desplegar con más fuerza la lucha democrática y socialista; a través de los cuales puedan "hacer política" millones de personas, elevando así su capacidad política; a través de los cuales se pueda reducir en algún grado el monopolio del poder burgués. Ya hemos aludido en alguna ocasión a estos organismos o plataformas: sistemas de control en fábricas y servicios, órganos de intervención en la Administración pública, órganos de autoorganización de la gestión en los barrios, instrumentos democráticos de autodefensa... No hace falta decir que la extensión de estos métodos de lucha y organización requiere una particular agudización de la lucha de clases.

plantea en todas las fases de la lucha, incluso cuando existen pocas posibilidades de convertir en hechos de cierta envergadura tal preocupación. Esto es algo que falta en todos los partidos de la izquierda reformista y también en la mayoría de los partidos de la izquierda revolucionaria, que abordan estos problemas de una forma puramente abstracta.

Cabe recordar, igualmente, que no es posible tomar en mano esta tarea, sin desplegar una labor sistemática de educación política, en torno a los sectores más revolucionarios, destinada a crear las condiciones subjetivas, de conciencia, sin las cuales no será viable realizar una política, complicada, de largo alcance, de corta "rentabilidad" inmediata, de construcción del poder militar revolucionario.

Esta labor debe reposar, en buena medida, en la *experiencia directa* de las propias masas, en el conocimiento práctico que adquieren del carácter agresivo de la burguesía y de sus servidores. Sólo sobre esa base puede surgir una *conciencia de autodefensa popular*, conciencia que ha de irse desarrollando en el curso de una difícil lucha que combine la acción política en favor del reconocimiento del derecho a la autoprotección con la concreción organizativa de formas de autodefensa popular de mayor o menor envergadura.

Caminar hacia la formación de un poder militar significa también un trabajo político dentro de las fuerzas armadas estatales que persiga reforzar sus sectores más democráticos y organizar fuerzas capaces de sumarse al movimiento revolucionario. Cae por su peso que la acción política por la democratización de las relaciones en el interior de las fuerzas armadas, por el reconocimiento de los derechos democráticos de sus miembros y contra las tendencias "profesionalistas", juegan un papel de primera magnitud en una pers-

pectiva de conquista para la revolución socialista de la mayor parte posible del aparato armado de la burguesía.

Asimismo, es vital llevar a la práctica una política de aproximación entre las clases populares y los integrantes de las fuerzas armadas, política que no excluye una lucha decidida contra aquellos miembros, o incluso cuerpos enteros, que han cometido graves delitos contra el pueblo. Esta política no debería tener sólo una vertiente política. Habrá de tener también una proyección militar, orientada hacia la participación regular de los ciudadanos en las tareas de la defensa, luchando por la formación de milicias integradas por la población civil para complementar el dispositivo permanente, por la formación de organismos democráticos de control del armamento, etc.

Todo esto, naturalmente, debe tomar cuerpo dentro de una doctrina militar de conjunto, encaminada hacia la restructuración democrática de las fuerzas armadas.

Los diferentes aspectos aquí tocados no agotan el temario de una estrategia socialista y revolucionaria. Son, en cualquier caso, varios de los más importantes. El debate entre las corrientes que afirman una voluntad de lucha por el socialismo, habrá de concederles una creciente atención. La teoría no puede anticiparse demasiado a la acción. Pero tampoco puede limitarse a pisarle los talones, como sucede hoy en día.

29-IV-77

BREVE BIBLIOGRAFIA COMENTADA

Teoría del Estado. Estados burgueses actuales.

Lenin, El Estado y la Revolución, Anagrama 1976. Esta edición presenta un interés especial por ir seguida de varios escritos sobre el tema de los que son autores Lucio Libertini, Lucio Colletti, Livio Maitan y Lucio Magri, miembros de diferentes corrientes de la izquierda italiana.

Marx, el Derecho y el Estado, Colección Libros Tau Barcelona 1969. Textos de Umberto Cerroni, Ralph Miliband, Nicos Poulantzas y Ljubomir Tadic.

El Marxismo y el Estado, Editorial Avance, Barcelona 1977. Diversas exposiciones, encabezadas por un escrito de Solé Tura, que proporcionan abundante material para conocer las concepciones reformistas sobre el particular.

Santiago Carrillo, "Eurocomunismo" y Estado, Grijalbo 1977.

Ralph Miliband, El Estado en la sociedad capitalista. Es el análisis más completo y riguroso que se puede encontrar hoy sobre el funcionamiento de los Estados burgueses contemporáneos. Desgraciadamente está agotada la edición de Siglo XXI.

Stanley Moore, Crítica de la democracia capitalista, Siglo XXI 1974. Resumen de las posiciones marxistas y leninistas. Capítulos de desigual interés.

Eugenio del Río, Capitalismo y democracia, Ediciones S.P. 1977.

Vía revolucionaria y vía reformista.

Lenin, Contra el revisionismo, Akal 1976. Selección de textos bastante amplia (654 páginas).

Bo Gustafsson, Marxismo y revisionismo, Grijalbo 1975. Estudio en profundidad del revisionismo de Eduard Bernstein, abuelo del actual "eurocomunismo".

Karl Kautsky, La doctrina socialista, Editorial Fontamara 1975. Crítica de las teorías de Bernstein, antes de pasar el propio autor a sustentar posiciones abiertamente reformistas.

Palmiro Togliatti, Escritos políticos, Ediciones Era, Méjico 1971.

Santiago Carrillo, Hacia un socialismo en libertad, Editorial Cénit, Madrid 1977. Selección de textos de los últimos años.

Máximo Louzu y Pere Vilanova, ¿Qué es el eurocomunismo?, Avance 1977. Selección de textos muy representativos.

Enrico Berlinguer, La "cuestión comunista", Fontamara 1977.

El Partido.

Lenin, ¿Qué hacer? y Un paso adelante, dos pasos atrás. Varias ediciones diferentes.

Angiolina Arru, Clase y partido en la 1ª Internacional, Alberto Corazón Editor, Madrid 1974.

Umberto Cruz, Lenin y el Partido bolchevique, Castellote editor, Madrid 1976.

Lucio Magri, Problemas de la teoría marxista del partido revolucionario.

Gramsci.

Dos libros que subrayan los aspectos más positivos de la obra de Gramsci:

Giorgio Bonomi, Partido y revolución en Gramsci, Avance 1976.

María Antonietta Macciocchi, Gramsci y la revolución en Occidente, Siglo XXI 1975.

Rosa Luxemburgo.

Obras escogidas, 2 tomos, Editorial Pluma, Bogotá 1976.

Lelio Basso, El pensamiento político de Rosa Luxemburgo, Península 1976.